

Chilenos en París

El autor quiso primero ser marino; luego trataron de convertirlo en seminarista; pero él era dibujante y escritor. Así, murió viviendo, no vivió muriendo.

Alberto Rojas Giménez fue uno de los poetas más importantes del primer tercio del siglo pasado en Chile (1900-1934). Imaginativo, de lucidez envidiable, talentoso en la creación poética, gran vividor, pese a su existencia lindante con la tragedia. Su obra fundamental, "Chilenos en París" recoge su magnífica prosa poética, que Jorge Teillier, en el prólogo, sitúa en el primer plano de los cronistas nacionales de la época, junto a Edwards Bello y a Jenaro Prieto. El libro ofrece una visión del deslumbramiento que la capital francesa provocaba - y quizá aún provoque - en muchos escritores chilenos. A los escritores, nótese, no a los arribistas y nuevos ricos de este país que despreciaban a Chile y adoraban a Francia, que antes otro Alberto, el noble escritor Blest Gana, había calificado de "restacueros". Se trata aquí de un deslumbramiento intelectual, legítimo, válido.

En "Confieso que he vivido", Neruda reconoce en Rojas Giménez toda su valía como escritor y como hombre. Recuerda su colaboración en la revista "Claridad", obra casi total de Rojas, a la que el Nobel se incorporó como militante

político y literario, según el mismo lo reconoce. Neruda escribe con el alma y el corazón acerca de uno de sus amigos predilectos. Cuenta de la elegancia de Rojas, de su conocimiento acerca de libros, muchachas, botellas y barcos, itinerarios y archipiélagos. Informa de la generosidad casi ingenua del que algunos han llamado poeta maldito, de su habilidad para construir pajaritas de papel que había aprendido de Miguel de Unamuno. En fin, de su torrencial alcoholismo y de la malhadada bronconeumonía, que lo llevó a la muerte.

"Chilenos en París" es un libro hermosísimo que provoca en el lector el gusto por la lectura, a través de textos redactados con limpieza y formalidad. Y en otro aspecto, pasa a ser una muestra del afán renovador que impulsaba Rojas Giménez con su literatura. Seguía al gran Apollinaire y al grupo ultraísta de España. Bajo la sombra de esos árboles nació su escuela poética que él denominó "Agú", nombre inequívoco y esclarecedor (Alfredo Barría M).

**Editorial Universitaria, 124 páginas.
Santiago, octubre de 2001.**

